

USTED TIENE DERECHO A HACER SILENCIO

Yania Suárez

Con una primera lectura de *Usted tiene derecho a hacer silencio*, es Posible que usted haga silencio. También es probable que reflexione en voz alta -solo o con algún conocido- sobre Molière- Tartufo, aunque no se ponga de acuerdo acerca de quién era el hombre que sabía demasiado. Hará silencio mientras el cajero relata cómo no-asesi-no al publicista. Por uno, diez o diez mil un ... instantes esperará a Marisol transformada en Beatriz quien ¿volverá? para tranquilidad de quien no supo retenerla.

Una Iectura cómplice de este primer libro que publica YANIA SUÁREZ CALLEYRO (Ciudad de La Habana, 1975), no le dará a usted ningún derecho a hacer silencio.

INDICE:

EL HOMBRE QUE SABIA DEMASIADO / 3

USTED TIENE DERECHO A HACER SILENCIO / 6

UNO, DIEZ, DIEZ MIL UNO ... / 14

EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO

El hombre está leyendo y discute lentamente cada página. Piensa que no ha escrito el artículo que ahora sostiene en la revista, o mejor: no ha llegado a formularse esta idea, pero encuentra coincidencias escandalosas entre lo escrito y su experiencia lejana del suceso. Se levanta para tomar un poco de agua y de paso interrumpe el ruido del televisor. Vuelve a su lugar con un cigarro; todo está medido en esa sala a las ocho y diecisiete de la noche: la mesa de madera nunca recibe el sudor del vaso; sobre un escritorio, cercanos a las teclas, reposan dos grupos de papeles, uno virgen, el otro usado; a la derecha el librero, unas fotografías correspondientes a alguna crónica y el invierno, que siempre es ridículo en el trópico. El hombre experimenta varias ideas -no hay que mentir: frustrantes- a medida que avanza en la lectura. Toma el vaso de agua y su mirada permanece detenida en lo inconcebible, en los párrafos, en esto no puede ser. Descansa un segundo. El texto contenía una comprensión errática. Colmado de citas de Boileau y del siglo XVII, intentaba redimir a un autor y defender vanamente, trescientos años después, el final de una obra. Justificaba al dramaturgo Molière por su Tartufo. Un proyecto inútil, pero no era la inutilidad el motivo de su ira. La inutilidad, en todo caso, solo podía ser motivo de encanto.

Coloca el vaso sobre la mesa y regresa al inicio del artículo. Es la tercera vez que el hombre comienza la lectura. El texto exponía primero algunas zonas vitales del argumento de la obra. Tartufo, el hipócrita, ha conseguido adueñarse de todo, lo que se dice todo, en la mansión que lo hospeda. Orgón, el verdadero dueño, sufre un extraño hechizo que lo lleva a venerar cada palabra de Tartufo. El resto de los personajes desaprueban esta supremacía sobre sus costumbres y se lamentan de la credulidad de Orgón. Aquí comienza la obra. El hombre recorre con aburrimiento las acciones que conoce de memoria. Mediante una intriga, la familia consigue -quién no lo sabe- desenmascarar demasiado tarde el engaño de Tartufo ante los ojos de Orgón. Orgón el débil, Orgón el burlado, el tonto que no podía vivir sin el engaño, al que su hija le parecía justo precio para traficar su ignorancia (este patetismo Molière lo omite, el autor del artículo no, el hombre no). La familia está perdida: Orgón había confiado todos sus bienes a Tartufo y ahora se ve expulsado de su propia casa. Pero Molière añade otra desgracia. No le basta con que un padre de familia, buen súbdito y devoto, comprenda la farsa y quede pobre. También habrá faltado al Rey en secreto, conservando una prueba traidora, un documento que confidencialmente también habrá puesto en manos de Tartufo. Tartufo lo delata y regresa a la casa que ahora le pertenece para apresar a Orgón. La tragedia familiar alcanza el clímax.

El artículo se detiene en este punto para ensayar un retroceso. Vuelve a contemplar a los personajes que han quedado paralizados en escena, algunos con las manos en la cabeza, doblados, otros con altivez desesperada. El articulista pretende zambullirse en las veleidades de cada cual. El hombre sonríe en este momento y a pesar de que se encuentra solo, extiende el papel como para mostrarlo.

Evidentemente la historia ha sido manipulada: no cuenta, ni divide la doble intriga. No se explica a los personajes como meras exageraciones de rasgos. Quizás en lo sucesivo abunde en la pequeñez de Orgón, en su ridícula afición por un exagerado devoto ... pero será en vano. El hombre ya imagina las próximas líneas y decide apartarlas con solo levantarse y mirar por la ventana; piensa que debería llamar a un amigo. Los amigos son buenos para conservar secretos. Es mentira que se equivocan porque los divulgan a una larga cadena de confidentes; la mejor manera de conservar un secreto es divulgarlo -el hombre lo sabe-, la publicidad provoca la magia de la confusión, tiene como condena la

duda, la desconfianza, un secreto público será sospechoso, será inevitablemente una mentira. Molière lo sabía.

Son las nueve y el hombre intenta revisar el trabajo del día. Siente al reloj de la sala disparar junto con las campanadas a un extraño pájaro, un cuervo, que repite a cada golpe "Nevermore" "Nevermore". El hombre sonrío.

En 1660, Molière ya estaba formado como comediógrafo; para ese entonces la Academia había dictado leyes para la creación. La manera en que debían construirse los parlamentos, los personajes, el tiempo en escena, ya estaba prevista por una lista de mandamientos. Burlar este afán de regularidad era considerado un desacato, una traición. Quizás yo no hubiera concebido la liberación de mi obra bajo estas órdenes - piensa el hombre y se siente cobarde, y recuerda que el Rey Sol, Luis XIV, habló a los intelectuales y les confió lo más precioso de la tierra: su gloria-. ¿Cómo ejercer la rebeldía o el aplauso? ¿Cómo salvarse?

El hombre recoge el texto de la superficie de madera; con molestia comprende que los párrafos continúan de la misma manera que había pronosticado. Quiere pensar en otras variantes para el discurso pero es imposible, ya está impreso. Ahora el autor discurre ambiguamente y exalta la concepción de los personajes. Justifica, a través de referencias a la psicología, la tragedia de Orgón, de la criada que avisa y vive para otra vida. Quienquiera que sufra una pasión es susceptible a engaño. Orgón confundido veneraba al hipócrita, sin preguntas. El hombre censura tanta argumentación en tantas líneas para un personaje. El articulista llama confusión a la inconciencia ... nadie es culpable de su propia inconciencia -piensa- pero todos la pagan. Tal vez sea injusto componer lo que el autor concibió imperfecto deliberadamente. Si desde el siglo XVII se hubiera asistido al teatro para recibir a Tartufo sin sanciones, es decir, -el hombre a pesar de que está solo dialoga-, si Molière hubiera recibido el elogio o la aceptación, el final de la obra sería otro y mi artículo no tendría sentido. Pero el Rey Sol no quería oír hablar de Tartufo. Un pícaro sí, tal vez un pícaro fuera admitido por la radiante norma, pero Tartufo es un exceso. La diferencia entre un pícaro y Tartufo es la pasión. El pícaro abunda entre sus conocidos, es común, es mediocre, se rebaja a cualquier oficio y a cualquier traición, esa vulgaridad lo hace tedioso -La fórmula para aburrirse de una persona es sentarse con ella a la mesa todos los días-o Nunca defendería a un pícaro. Tartufo, en cambio, nunca se ve; sucede como una excepción. Tartufo predicaba, divulgaba su falsa doctrina entre los asombrados personajes que lo rodeaban. El final que sufre es también una trampa. Las leyes de la academia obligaron a Molière a corregirlo. El hombre duda, vuelve a pensar en la posibilidad de acudir a un amigo, un amigo que lo redima por el solo hecho de escuchar pacientemente su confesión. Mira a su alrededor y las cosas que ahora posee toman un extraño matiz.

El hombre decide leer los últimos párrafos. No, releer a Molière. No; a las nueve y cinco se arrepiente de la idea y vuelve al texto. En la escena sexta del último acto el hombre lee intranquilo que Orgón tiene que huir porque ha sido acusado ante el rey por Tartufo. Los habitantes de la casa, los ofendidos, los derrotados, ya quieren ver consumada la fuga, ya Orgón alcanza la salida cuando Tartufo lo interrumpe. Llega con un enviado real para aniquilarlo. Aquí Molière ejecuta su farsa. Cuando todo parece perdido, de repente, todo cambia. El enviado real confiesa que su radiante soberano estaba al tanto desde el principio de la impostura de Tartufo, el Rey Sol, semejante a una divinidad inverosímil, dicta justicia, restablece el orden, perdona al súbdito inepto y condena a Tartufo. Es una escena apresurada. El articulista pretendía revelar de una vez, trescientos años después, la verdadera proeza del final de Tartufo, un final infame, considerado durante todo este tiempo como una cobardía grosera y un grosero arreglo.

Molière, el autor, permanece en lo oscuro. Ha conseguido reproducir los mandamientos de la censura con una fidelidad que asombra. Casi nadie sobrevivió a ese espanto; la incoherencia del final provocó quizás la sorna, el desdén, la vergüenza. Pero nadie - Molière lo aseguró para la eternidad- creyó en el monarca salvador.

Su elogio fue el mejor antídoto contra el elogio. La incoherencia del final fue su mejor delación. ¿Cómo ejercer la rebeldía y el aplauso?

La censura favoreció a muchos, el hombre piensa en Larra. A Larra lo obligó a convertir en sugerencia lo que, libremente, se hubiera reducido a ataques directos. Lo obligó al doble sentido, a la ironía. Detrás de una gran obra se esconde un gran censor. Reflexiona que Molière, al contrario de lo que se piensa, también se vio favorecido.

El hombre siente que no va a llegar a las últimas líneas que exageran la sapiencia de Molière, que emiten meras exclamaciones sobre su buen sentido, su elegancia, la lección de ese final abrupto.

Se desprende de ellas y regresa a su butaca y olvida el nombre del antiguo dueño de su casa. Toma un vaso de la alacena y olvida la familia que repitió durante mucho tiempo ese gesto. Camina hacia la ventana, mira la calle, y olvida la figura de quien ocupó su lugar hace años.

Finalmente llamará al amigo, y olvidarán juntos los elogios que acaba de imprimir, y el tiempo en que conseguían ganancias con la colaboración del azar y el meditado engaño.

USTED TIENE DERECHO A HACER SILENCIO

*... y si esta historia no te parece larga,
y si esta historia no te parece larga,
y si esta historia no te parece larga:
la volveremos, la volveremos,
la volveremos a empezar. ...*
CANCIÓN INFANTIL

La camilla con la víctima atraviesa el jardín hasta la calle. El aviso del crimen llegó anónimo al auricular de la estación, ocupó la voz del sargento, después la del teniente, después la del Capitán. Tres soldados ocuparon el patio interior de la casa, dos la sala, el resto -los especialistas- el lugar de los hechos.

No decidían sobre el arma homicida y algunos subalternos paseaban alrededor de la casa observando la tierra. El Capitán, al entrar, preguntó por qué esperaban los perros y al instante aparecieron cuatro animales que olfatearon y entrecruzaron sus caminos. Sin embargo el oficial ya había retornado a la habitación del publicista: el lugar de trabajo y de la muerte. Sobre la mesa, cada pintura parecía que ocupaba un sitio exacto, delator; la única silla se encontraba detenida en el suelo sobre su respaldo. El oficial avanzó, pero alguien le advirtió que había estado a punto de profanar la silueta del occiso, dibujada a mitad de la habitación.

El oficial se apartó.

El movimiento de los presentes imitaba el caos. Mientras recogían con pinzas y nailons las muestras, olvidaban la postura final del cadáver, dispuesta a contar que cayó del asiento, de un golpe, solo. Casi concluía el registro con dos noticias: el arma homicida y el móvil no fueron hallados. La conjetura de suicidio era ingenua porque existía un sospechoso. Casi silencio. El Capitán avanzó hacia el hombre que, en el borde del jardín, tenía la apariencia de quien repite. No exhibe esposas pero mira a todos con un gesto de cansancio, de estar dispuesto a partir. Está sentado en espera del primer interrogatorio. La celda es transitoria, un puente para su situación definitiva; por eso la observa con la conciencia de que se ubica en la estación, próximo a una calle común, a una Sala de interrogatorios. Por eso repasa las rendijas previendo una futura nostalgia. La entrada, las paredes de la celda, eran confusas.

En la mañana el hombre fue conducido a la Sala de interrogatorios, tomó asiento frente al Capitán, colocó las manos sobre la mesa.

Los argumentos en contra suya eran inexactos. Todos se remitían al hecho de su presencia en el lugar del crimen cuando llegó el primer soldado. No lo incriminaban las huellas sobre el arma asesina -no existía- sí dos pasajes sostenidos por él y la víctima y encontrados, uno sobre la mesa de dibujos, otro en la camisa del acusado. El día anterior, el de la muerte, ambos recorrieron igual camino. Con esa evidencia, devenía acusación cualquier juicio sobre el detenido. El hombre desechó las palabras. El Capitán insistió en las dos zonas oscuras del hecho: el móvil, el arma. Dijo que eran capaces de reconstruir el pasado: bastaba con unos días de celda y reflexión. Pero este procedimiento implica un obstáculo: la demora, y al mismo tiempo significaría una agravante para la defensa del reo. Era útil adelantarse a las evidencias de la investigación. Más silencio. El Capitán abandonó la Sala de interrogatorios. A los pocos minutos regresó con un papel mecanografiado que puso encima de la mesa. El detenido comenzó a enterarse del texto. Supo que se refería a su persona, que -sin detalles- lo acusaba de homicidio violento, que fue dictado por él mismo en el jardín (el día anterior) y requería su firma. Devolvió la declaración por falsa, el Capitán sonrió. Los méritos de una conducta favorable fueron enumerados minuciosamente. El hombre volvió a negar, el otro insistió en que la rebeldía es anciana ...

Al rato los ademanes del Capitán decayeron, aconsejó otro día de celda y reflexión. El hombre se admitió sin memorias, sin recuerdos. Negó otra vez la causa que para matar sostenía aquella declaración, o mejor: existía un cadáver hecho probablemente con sus manos, pero era incapaz de aseverar el móvil. Suplicó haber encontrado un cuerpo inerte a la víspera, pero no más. El Capitán sonrió.

En el segundo interrogatorio fueron lícitas todas las precauciones contra la negación, el escándalo: el hombre entró esposado. El Capitán continuaba con la sonrisa. La sala se reducía a cada pregunta. Las conjeturas antes enumeradas ocuparon ahora el parlamento de un futuro fiscal, de un futuro remordimiento.

El detenido con los ojos abiertos atrapaba cada frase del Capitán para enseguida olvidarla y prestar atención a la siguiente. A pesar de que luego invocó la escena íntegra, ahora se sustituían las palabras a medida que eran pronunciadas, determinando una comprensión inmediata y nula. Otra vez sollozó sobre la posibilidad de no haber cometido el delito. Mientras el Capitán hablaba, imaginó la muerte como la conclusión de todos sus olvidos. Creyó en un extravío; no pensó. Un capitán ajeno se acercaba: «Probablemente quiera contar algún incidente esencial, algún agravio ... ». El hombre observó el papel con la declaración sobre la mesa, quiso apartarlo, quiso corregir las palabras del Capitán, quiso transformarse, vestir el uniforme militar e interrogar la cara del reo, sus gestos se encogieron en el asiento. Quiso hablar y lo hizo.

Comenzó con el aviso de que iba a narrar un móvil probable, que los eventos aflorarían en su memoria por sí solos, sin orden previo, sin elección.

En efecto, conocía a la víctima. Compartían el centro laboral, él como cajero, el otro como publicista. Había vigilado sus movimientos en el banco el día del suceso, comprobando que el publicista apuraba el trabajo y que también lo reconocía, siempre de soslayo. En ese fingir mutuo transcurrió la tarde. Al final de la jornada el publicista corrió hacia la calle. El detenido quedó inmóvil, mientras el otro aguardaba la confusión de un autobús para alejarse. No lo persiguió a la primera: conocía el derrotero, sabía que el otro demoraría su regreso a casa. Por eso esperó. El comportamiento de la víctima estaba apoyado en una tradición.

De ella dedujo, por ejemplo, que iba a caminar con la distracción de quien pierde el rumbo y luego acudiría a la cita. Por eso esperó. Trabajó una hora extra estudiando su plan, alargó cada segundo repasando el agravio, sintió -vivió- la inquietud de la ofensa, compactó su venganza mientras recordaba. Y otra vez repitió las precauciones: había dicho al superior que tardaría en actualizar el trabajo, había advertido a su mujer de la demora: probablemente mañana ocurra un retraso irreparable en el banco. Ella lo miró como culpándolo de algún aburrimiento, entonces visitaré a unas amigas hasta la noche. Todo preciso, su ausencia proyectada desde que comenzó a imaginar -primero con temor, negándose- el golpe contra el publicista.

Pero estaba en el banco, dispuesto a partir. Tomó idéntico autobús al de su víctima, recorrió iguales anuncios lumínicos a través de la ventanilla. La tarde cobraba el rojo último, como un pesar. Se detuvo antes de la llegada al sitio. Faltaban un par de horas para la cita, buscó un lugar para la espera. Estaba en un centro comercial, había un bar cercano y quizás sin concurrencia. Decidió aguardar como un desconocido.

Cuando entró -lo recuerda ahora como un presagio- de la hilera de mesas solo una ostentaba un cliente: una mujer de tragos cortos y distraídos. Había dos hombre en la barra a una distancia de, aproximó el detenido, veinte años. El bar era del púrpura establecido. El hombre cuenta que antes de sentarse sospechó una complicidad entre el joven de la barra y la mujer, por consiguiente: ambos se miraban como una alternativa discreta de diálogo. Estuvo el hombre sentado en la última mesa sin sentir las horas que debía atravesar. La mayoría de sus cavilaciones comenzaban con prisa y concluían en el

olvido y de nuevo miraba a los asistentes. La mujer se había levantado y avanzaba hacia el fondo del bar, como invocando un rito de persecución. Sin embargo regresó sola a la mesa, escupió y volvió a sentarse. Las tres cuartas partes del tiempo pasaron y el mesero no aparecía aún, incidente que estimuló en el reo la seguridad de un escondite. Nadie lo percibió, ni la mujer que observaba con agotamiento cualquier rincón del bar. Un hombre de impulsos estudiados mortificó las puertas de entrada. El reo fue el primero en distinguirlo, lo vio acercarse de memoria por el pasillo entre las mesas, se detuvo sin agachar la vista, tomó asiento junto a la mujer. Entonces el detenido volvió la mirada hacia el joven de la barra y reconoció la derrota, los cigarrillos nerviosos. El desconocido habló durante dos tragos con la mujer. El reo compartió la soledad y el enfado del joven de la barra, imaginó una escena de reconquista y agresión. Pero disminuía el tiempo y ordenó al mesero, por fin, igual bebida que aquel señor, el que conversa con la señora.

Inmediatamente abandonó el bar. Ya era hora. Comenzó a caminar. A partir de entonces sus actos fueron los de un autómata. No recuerda el entorno. Volvía sobre las imágenes del bar, las repitió durante el trayecto hasta el punto de confundirlas. Pero se animó con la suerte de haber pasado inadvertido por causa de los afectos rivales que corrieron entre los vasos de ron. Con seguridad avanzó rápido porque afirma que regresan otras imágenes en poco tiempo: cuando se encontró frente a la casa del publicista. Otra vez repasó la ofensa y buscó un escondite, se contuvo, la totalidad estaba por ocurrir. En ese momento vio al publicista acercarse a la ventana de la fachada y abrirla. Vio un auto que se detuvo a la entrada de la casa. Vio al publicista salir. Vio a su esposa bajar del auto y dirigirse a la puerta, donde el otro esperaba, sin prisa. El detenido se mantuvo afuera mientras duró la cita: hasta que de nuevo distinguió a su esposa, abandonando los escalones y a la víctima que la despedía. Entonces el reo consiguió llegar hasta la puerta del publicista y consiguió matarlo.

Calló. Cuando el Capitán notó el silencio lo acompañó hasta la molestia. Entonces hizo varias preguntas sobre la escena del bar. Intercambió los personajes incluyendo al publicista en una de las mesas, o en controversia con el reo. Por último ... en la historia no aparecía el arma del crimen, detalle de vital importancia. El hombre lo reconoció, intentó mencionar tres armas de fuego pero el Capitán lo interrumpió a la primera para gritarle que no mintiera.

El reo habló:

-No estoy seguro acerca de la manera en que murió el publicista. Sin embargo, no pretendo una inocencia estricta. Si usted insiste en colocarme en el lugar del crimen –si allá me encontraron-, entonces es cierto. El hombre admitió que no eran evidentes en la historia ni el origen, ni los medios, ni la apariencia de lo ocurrido.

-Corregiré esa falta si usted descubre en ella un error culpable. Puede aplacar algunas desconfianzas si me escucha.

En efecto conocía a la víctima. Compartían una jornada de trabajo diaria en el mismo lugar. Él como cajero en el banco, el otro dedicado a las imágenes. Mis certezas sobre la pintura clásica son nulas, sin embargo, admiro la precisión del cuerpo, los rasgos que por sí solos desprecian mi incapacidad para imitarlos. El resto, las figuras deformes, me parecen una práctica elemental. Solo reconozco un pintor, un cuadro, repetiría los tonos si usted quisiera. Solo existe un lienzo rectangular que evoco, que estuvo en mis manos semejante a una distinción.

Recuerdo un día en que el publicista evitó la posibilidad de que partiéramos juntos hacia su casa. Negó dos veces la petición y concluyó sus palabras con una excusa que nada eludía, siquiera explicaba la necesidad de posponer la visita. No insistí -o sí, pero más tarde- previendo que él recurriría a la humillación para detenerme. Como en otras

ocasiones el publicista asediaba, culpaba y después redimía al cajero. El detenido recordó el primer préstamo, cuando el publicista entendió que una consecuencia de la amistad son los favores. Dijo que necesitaba dinero para saldar una deuda. El cajero confiesa no haber sospechado de su amigo sino hasta mucho después. Entonces, ese día ocurrió el préstamo.

Después, el publicista continuó frecuentando la casa del reo, sin urgencias ni otros pedidos, solo con la promesa de devolver el favor. Sin embargo, el cajero lo visitó solo en una ocasión, no más. Conserva la imagen de los cuadros recubiertos con papel encima de la mesa. Afirma que a partir de entonces acató la compañía del otro, mientras los ocupaba el banco, mientras descansaba junto a su esposa y el perro.

Había cierta tardanza en los hábitos del publicista, que indicaba tal vez el descontento, pero nunca lo oculto, el engaño. Retenía los aniversarios, los fragmentos de acera que activaban alguna añoranza en el cajero. Concurrieron ambos en varios rituales: el almuerzo de los domingos, la tarjeta de fin de año. A pesar de estas cortesías el detenido comenzó a sospechar.

Hacía demasiado dinero que escuchaba de parte del otro justificaciones exactas para cada deuda sin cumplir. El publicista respondió que más que monedas le debía una arrogancia y que para esta segunda falta el detenido sería el eterno usurero, porque la gratitud a largo plazo era su manera de corresponder y mañana conservaré esta deuda cuando ya no recordemos las otras. Y el cajero otra vez convirtió el reclamo en vergüenza, y sintió la culpa, y convidó los siguientes domingos al publicista.

La segunda sospecha ocurrió entre los archivos del banco. El cajero buscaba por una encomienda en la lista de usuarios recientes cuando descubrió un nombre fatal. Primero vivió el impulso de equivocarse la cuenta, luego, inmerso en el despecho, quiso destruirla, por fin anotó los detalles de cada acceso: las fechas de ingresos conformaban una secuencia de burlas.

La tarde sobrevino y al hombre lo maniató la señal de salida. Durante la jornada se había concentrado en encontrar el rostro del cliente. Se detenía en cada persona que transitaba el banco. A pesar de que pudo levantarse y desenmascarar al dueño de la cuenta, prefirió esperar, quizás por una lógica romántica: que el culpable caminara a su encuentro, ajeno, que llegara como de costumbre a su lugar para abandonar juntos el banco, que lo saludara y sonriera ... El publicista estaba frente a él.

Comenzaron a caminar los desprecios mientras vencían la puerta de salida, en la calle. El publicista depositaba en una cuenta las sumas que pedía al cajero.

El hombre reclamaba una respuesta. La evidencia del robo podía dañarme pero no convencerme. Del mismo modo que usted requiere ahora una explicación de mi parte, yo interrogué: a pesar de que estaba decidido al odio.

Me suplicó que lo acompañara hasta su casa. Fueron las únicas palabras que pronunció. Yo gritaba que no invertiría tiempo en escuchar sus excusas, lo único que cabía era devolverme el dinero íntegro y separarnos, él con su vergüenza y yo a mi trabajo, a olvidar su compañía. Pero el dibujante insistió: solo avanzar hasta su casa. Y allí esperé. Esperé afuera porque entrar significaba una concesión para mi ánimo, o una oportunidad para que el otro se defendiera, mintiera.

El publicista salió al cabo de tres minutos, bajaba los escalones con lo que, primero, fue una lámina recubierta con papel. Luego lo supe un cuadro. No como los que almacenaba en su estudio, con el marco sobresaliente y mayores de cincuenta centímetros. Era el cuadro, su regalo, un gesto para redimirse. No pronunciaré el nombre del pintor porque revelaría un dato superfluo.

Dijo que la cotización esencial no dependía del precio de venta -que era alto de por sí sino del tiempo concedido a su contemplación. Me aconsejó colocarlo en la privacidad,

quizás en mi habitación, quizás sin divulgar su presencia. Dio media vuelta y entró. El cajero siguió cabalmente su indicación; reflexionó todas las tardes frente a esos colores. Lo entendieron su esposa y él como un secreto familiar; descubrí nuevos detalles con el tiempo; experimentó la arrogancia de imaginarle otros trazos, de corregirlo a medida que lo observaba. Un obsequio significa la remisión a otra persona, la permanencia del anterior dueño. Por consiguiente, olvidó su odio y regresó al trato del publicista. Otra vez salieron juntos del banco cada tarde. A partir de entonces compartieron los ratos libres y el almuerzo con mayor frecuencia.

El cajero había borrado la ofensa. Consideró que la cuenta -el robo- del publicista no rebasaba el valor monetario del cuadro. Y por eso el detenido perdonó el agravio. Los dos meses posteriores transcurrieron en atenciones recíprocas.

Una tarde el cajero regresaba a su casa y halló que había cambiado. Encontró muebles en el suelo, adornos rotos, la puerta forzada y a su mujer hablando de un registro: fue precisamente cuando salí a cumplir un mandado, nada más vi a dos hombres que corrían hacia un auto, y rompieron la vajilla de nuestro matrimonio ... pero nada falta. No habían robado, quizás por acudir a demasiados lugares en tan poco tiempo.

El cajero corrigió una butaca y se sentó. La mujer hablaba, lo mejor era preocuparse por la seguridad de la casa, quién habrá sido, suerte que ella regresó a tiempo y los ladrones huyeron ... El hombre, detenido en la butaca, sin escuchar a su esposa, observando como en trance la habitación destruida. Los objetos de valor estaban intactos, permanecían en su lugar como si hubieran sido invisibles para los asaltantes, como si solo él Y su esposa los reconocieran. Algunos cabían en la oscuridad de un bolsillo, por ejemplo las prendas (la mujer daba gracias al cielo al descubrirlas en orden). Sin embargo, todos los estantes fueron removidos. El hombre se detuvo frente a la cama. El espaldar antiguo, casi de la tradición familiar, desbordaba el acolchonamiento, lo habían rajado seguramente con la intención de merecer algún objeto oculto, seguramente con idénticas ansias rompieron el respaldo del sofá, el de la butaca donde el hombre volvió a sentarse. Las palabras de su mujer simulaban un zumbido lejano.

El publicista tiró el almuerzo. Claro que él no había sido. Las sospechas del cajero eran sucesivas y oprobiosas. Ciertamente que una vez lo engañó, pero si le había pedido tanto dinero a intervalos fue porque lo necesitaba todo y mucho más. No iba a admitir que lo culpara ahora de un robo con fuerza, hasta dónde llegaban los escrúpulos del cajero. No podían continuar tratándose con desconfianza. Y el cajero disculpándose, diciendo que no fue su intención ofenderlo, que la desesperación había conformado esa conjetura estúpida y no él, en verdad, no pensaba que el publicista fuera un ladrón capaz de violar su casa, fue la angustia, el desconcierto quien lo impulsó a culparlo, no él. Y el publicista: ¡Devuélvemelo! Corre y busca mi cuadro, dame, dame, dame, dame. No se dice más. Es preferible volver al principio, yo te devuelvo el dinero, cierro la cuenta y tú traes el cuadro mañana mismo, y a borrar todas las memorias.

El hombre al día siguiente acudió a la cita para recibir su dinero y devolver el cuadro, otra vez forrado con papel. El lugar del encuentro fue un bar cercano a la casa del publicista. El cuadro fue trasladado de una mano a otra casi furtivamente, como si aquella separación procurara un comportamiento brusco, como si se tratara de un delito. El publicista exageró la rapidez del asunto. Sus ademanes fueron hasta instintivos. Apuró su trago y no se despidió.

El cajero regresó a su casa demasiado triste y demasiado tarde. La esposa junto con algunas vecinas había ordenado el deterioro y descansaba con las luces muertas. Sobre la cama, ambos comentaron la brusquedad que impulsó al publicista a exigir el cuadro. Censuraron tanta descortesía (sospechosa). Para explicarse tal comportamiento, recorrieron la secuencia de hechos a partir de la amistad con el publicista; primero

fielmente; luego cambiaron el orden temporal y obtuvieron resultados diversos cada vez que reorganizaban la historia. El cajero concluyó por sentirse culpable y cruel. La otra parte de la noche la pasó elaborando una excusa, deseando la re- conciliación.

Fue entonces, al día siguiente, cuando comprendió. Un investigador estaba en la sala de su casa reteniéndolo de ir al banco. No fue un robo lo que había sucedido en la víspera. Fue un registro. De alguna manera, que no constituye una prueba para la policía, se supo que el cajero ocultaba una obra de arte robada hacía años a un coleccionista y este exigía el precio.

El cajero se contuvo de acusar al publicista sin antes aclararle el delito que había descubierto. No estaba en el banco. En el vecindario supo que abandonaría la casa dentro de unas horas. El cajero quedó inmóvil frente a la casa del otro durante minutos. Mientras vencía el asombro, entendió lo ocurrido: había conservado una obra de arte robada, inculpándose a sí mismo del crimen. La siguiente prisa del investigador sería para conducirlo a la cárcel.

El publicista apareció en la puerta despidiendo a un hombre. El hombre se marchaba con el cuadro. El cajero lo reconoció porque tenía el mismo papel con que él lo había devuelto. Luego el dibujante regresó a la puerta para colocar en el piso unas maletas listas para la fuga. Tenía la expresión de quien huye: miraba por última vez, ansioso. El detenido avanzó entonces. No recuerda más que la mesa del dibujante, un grito, un bar, la víctima en el suelo cuando llegó, por un aviso, la policía.

Entonces quedó detallando la cara del Capitán, como quien duda. Este también lo observaba. Contuvo las preguntas. Así durante un tiempo, hasta que el detenido habló: Es inútil disimular la inseguridad que me acompaña; exagero siempre mis ademanes al menor tartamudeo, y sé que no me decido ni hacia el futuro, ni hacia el pasado inestable. También sé que esto añade al interrogatorio cierta incomodidad, pero no trascenderá si usted no la comparte. Ahora conoce que todos los días amanecí con una esposa y que después partía a cumplir funciones en el banco. No albergo esperanzas de conservar lo segundo: todos conocerán el proceso al que estoy sometido y prohibirán mi presencia en el puesto de trabajo. Sin embargo, no es la ocupación diaria lo que me desanima. En el banco aprendí a ejecutar suposiciones de índole falaz -sin pensar demasiado-, eso favorecerá mi aptitud para cualquier empleo. Lo esencial recae sobre la familia y, por el momento, no tengo dudas de que correrán con los gastos de la fianza. Aun, si no les entusiasma colaborar, tengo amigos que consideran desvergonzada mi actual condición, y acatarían cualquier requisito con tal de escuchar de mi parte explicaciones detalladas de los hechos. Pero nada de lo anterior me alivia de la incertidumbre. Reflexiono sobre mis esperanzas y añoro mi vida pasada. Usted comprendería más si le doy detalles del diario que por alguna razón olvidé.

El trabajo es innecesario. Sustituyo valores en nóminas, hojas de cuentas que a menudo revolucionan también su propia estructura. Los empleados debemos aprender las nuevas normas que serán aplaudidas y gastadas en breve. No obstante, apruebo los sucesivos ímpetus de cambio que, si bien comprendemos con cierto retraso, dinamizan las costumbres laborales. Pero no confunda usted las apariencias: los jefes saben lo que quieren, saben cómo dirigimos. Poseemos anotaciones de nuestros antepasados referentes a ello, y las hemos proseguido concienzudamente hasta creer discernir en los hechos innumerables ciertas líneas directrices que permiten concluir sobre esta o aquella determinación histórica. Descubrimos, por ejemplo, que la verdadera valoración del trabajo no se supedita a la eficiente asimilación de cambios por parte de los obreros. Los jefes aceptan demoras incapaces si provienen de un trabajador constante, cualidad que se refleja solo en la puntualidad y en el mínimo de tiempo de interrupciones no reglamentadas. Y se premia con valores más bien simbólicos. El hombre lleva al hogar

objetos que consideraría superfluos si estuviera empleado en condiciones distintas a las de nuestro consorcio. Así por ejemplo, obtuve una pieza que iluminó las atenciones de mi mujer: un perro. Asumo el cumplimiento de las tareas como un deber fundamental, predeterminado, no me esfuerzo por obtener satisfacciones: en general nuestras leyes no son conocidas.

Pero a veces me distraigo de esa tradición y observo.

Los empleados corrigen con constancia nóminas, luego escuchan el diálogo de un vecino y sonríen. Alguna vez uno de ellos se acerca y me parece que una urgencia, que un pedido esencial lo atrae hacia mí, pero después de escuchar sus palabras me vuelvo, desanimado. Si el Supervisor transita en ese instante, fijan la vista en la punta del lápiz.

El Supervisor camina entre todos los puestos, y aprueba, y observa. Aunque probablemente esa apariencia de rigor con que lo conocemos -detenido, a veces con la impresión de que viaja fuera del banco- sea solo una superstición. Si no fuera porque cuando aparece todos regresamos a nuestra labor, se diría que lo impulsa un cansancio repetido. Tal vez esta apreciación general otorgue a su naturaleza cierta ligereza, a sus movimientos cierta libertad, a sus razonamientos cierta inconsecuencia. Muchas de sus observaciones merecen ser repetidas, pero no todas, porque en conjunto adolecen realmente de extremada superficialidad. Nos sentimos satisfechos del tiempo que nos dedica el Supervisor, y a pesar de las burlas de muchos, sabemos que tanta atención hacia nuestro trabajo justifica su importancia.

No dudaría usted de mi severidad si le digo que durante diez años he recorrido las mismas calles de regreso a casa, las mismas para iniciar el día. Aunque en los últimos tiempos debo admitir algunas variaciones. Por ejemplo, recientemente me demoro alrededor de un parque que si bien aligera las preocupaciones diarias, me desvía un poco del camino. También corresponde a esta etapa otra tardanza: regularmente invierto ocho horas en la labor, pero hace poco que descubro en los clientes un rechazo a ser atendidos en mi taquilla. Algunos me corrigen varias veces el número de su cuenta y la suma que desean sustraer. Yo los miro entonces en silencio y finjo concentración, repito las cifras junto con ellos. Tal vez esto les inspira confianza porque muchos se vuelven para hacer una señal a la cola -gesto que nunca veo demasiado bien. A veces interrumpo el dictado y me levanto a tomar agua, o solo contemplo la calle por una ventana distante de sus quejas. Regreso y quien se ha quedado detenido en el servicio me censura con una mirada incrédula. Pero continúa el flujo de clientes, siguen como moscas, abren la boca y su identificación es un número, su reclamo es un número, se asemejan a cifras que desfilan. Hay quien aborda su cuenta como si manejara un secreto de estado; hay quien se enfurece; hay quien disimula con la manera de vestir su patrimonio; haya quien he estado a punto de gritarle. Una vez lo hice, no sea estúpido, si desea ingresar tan poco dinero espere.

No trascendió el exabrupto, ni ante la mirada del Supervisor ni ante la mía. Yo juzgué mis motivos casuales y me impuse como demostración comenzar una labor paralela: la corrección de nóminas -que duró hasta antes de ayer, cuando ustedes me encontraron. A partir de entonces el resultado visible del trabajo demoró. Alternaba entre las personas, que continuaron arribando a la taquilla, y los cambios de norma. En algún momento confundí las denominaciones y alguna vez a alguien le otorgué el calificativo de una hoja de cuentas. Pero alcancé a corregir esas alteraciones antes de que fueran notadas por el Supervisor. Muchas veces para lograrlo ensayé enfados por no haber escuchado lo suficientemente alta la voz del cliente. Debo señalar que pequeños exabruptos como esos hacen dudar a una persona de los cambios monetarios que se proponía. Aunque para muchos mi actitud veleidosa significaba solo un pasa- tiempo, la

asumí con la seriedad del estudioso, quizás con mayor énfasis porque yo mismo fui un participante. Mientras pasaba la jornada esperé. Esperé en los rostros de los cajeros, en el asiento del ómnibus cuando amanecía.

No comentaba la faena con mi esposa y recibía aprobaciones de su parte. También el Supervisor reunió un día a las cabezas de los empleados para exhibirme, y estos elogios me permitieron llevar con menos prisa el trabajo. Los clientes continuaron prefiriendo otras taquillas, y yo continué en el tiempo libre sospechando algo oculto. Por ese motivo revisé todas las cuentas transformadas durante el año, descubrí analogías en los arribos, reflexioné solicitudes, pero enseguida debía atender al próximo, la cifra que desea ingresar es alta, si usted prefiere trataremos el caso con detenimiento, no, es mi deber ... Concebí un atajo para llevar mis estudios y la labor de cajero. A medida que un cliente demandaba servicio, lo clasificaba según el esquema que había diseñado. Esa labor, no se engañe, podría parecerle un mérito, una hazaña ... lejos de eso, esa labor era nimia. Ninguno de mis compañeros supo de ella, a nadie la mostré, solo me distraía: sudaba con las horas paseando sin ser reconocidas.

Recuerdo un día de entusiasmos en que dupliqué los esfuerzos. Ya había sonado la señal de salida, y yo con la mirada sobre los esquemas que dibujaba mi mano. Le pedí al Superior que me permitiera una demora, debía trabajar extra, mi mujer no importaba porque seguro conversaría con las amigas. Y trabajé casi con violencia, ya había descifrado el comportamiento general de las cuentas cuando alcé la vista. La estancia vacía. Los muebles como escenario de un juego electrónico, perennes. Ya había concluido la labor, cerré los libros de cuentas y comencé a caminar. No decidí una trayectoria, o sí, porque recordé que un joven publicista había defendido un sitio en mi presencia: un bar poco concurrido pero con más silencio que los otros. Dejó la dirección.

Un ómnibus se detuvo y lo abordé. Conservo la impresión de los carteles lumínicos al atardecer. Me encontraba en un centro comercial, avancé resolviendo algunas imprecisiones de mi esquema. Se diría que no contemplaba contradicciones y era humanamente total. Y con esa satisfacción penetré. Encontré a dos hombres conversando en la barra. Escogí un lugar sobrio y remoto para reflexionar sobre algunos malos pronósticos que, de pronto se me antojó, divulgaba mi proyecto. Quizás por la existencia de una mujer que recién concluía de escupir en el piso, el mesero no constató mi llegada. De otra manera habría exigido presuroso el trago, y yo hasta el momento no reparé en que debía beber algo en aquel lugar. Nadie me notó. Ni la mujer, con la mirada interrumpida por las paredes, ni los hombres. Comencé a temblar.

Ya le expliqué que siempre tuve la conciencia de encontrarme solo en aquel bar. Esto supone un detalle que he obviado: yo pensaba. La soledad, por lo general, es ilusión, está ocupada por personas, pero no experimenté ese tipo de nostalgias, pensé sin imágenes ... olvido en qué pensaba ... recuerdo varias correcciones mentales que intenté para mi proyecto, juicios sin importancia. El resto quizás fue el vacío, quizás una idea fija, involuntaria, que reprimí en cada una de sus apariciones.

De pronto un joven entró en el bar, quise ocultarme, llamé al mesero y le pedí que eligiera mi trago. El joven acompañó a la dama. De pronto yo me agotaba entre las calles. Caminando, según me propuse, en dirección a mi casa. Durante los edificios que vencía no reconocí señales, todo era difuso en la noche. Palpé mi frente y descubrí que sudaba igual que dos horas antes. Los brazos comenzaron una vibración que con el tiempo se distribuyó por todo el cuerpo, hasta las piernas. Por esos sobresaltos, creo, aceleré el paso al punto de correr durante pequeños tramos. Anduve, sin reconocer el camino, creándome la certeza de que escogía la manera más rápida para el regreso. Olvido el tiempo que demoré en descubrir mi error entre las calles. Estaba perdido.

Entonces lo vi, al joven que casualmente había penetrado en el bar, al publicista. Agitaba un llavero frente a la cerradura de su casa. Sostenía aún la tarjeta de dibujos que le noté en el banco por la tarde. Estaba más despeinado que cuando defendía el bar, se diría que sin tiempo. Yo impedí que la puerta cerrara definitivamente. El no demostró todos sus ímpetus, quizás porque creyó reconocermelo, quizás vi en su rostro el asombro, la sospecha, al fin la inmovilidad de un cadáver ... ¿Usted no exigirá una descripción detallada del crimen?

El Capitán se había levantado del asiento para iniciar la orden de encarcelarlo. Cuando regresó, el detenido exteriorizaba una especie de letargo. Sentado con los brazos caídos y la cabeza hacia atrás, lo miró como quien despierta:

-Probablemente este sea el móvil del crimen, pero no estoy seguro ... más bien creo que soy inocente.

Días después el hombre repetía, juraba la verdad de los hechos ante cualquier oficial: «Iba de paso, encontré una puerta abierta y un cadáver, luego entendí que era yo el asesino, y avisé a la policía».

Fue necesario el paso de los meses para que las autoridades, por razones contingentes, comprendieran el caso de la muerte del publicista como un suicidio.

UNO, DIEZ, DIEZ MIL UNO ...

Después de cambiar de domicilio, en secreto bajé a buscar cigarros. Llovía como en una noche de novela negra, como si detective y culpable fumaran tras una columna al acecho, sin sorprenderse, con la ilusión de poseer la calle, semejantes a mí.

La portera del edificio se había comportado en verdad discreta al recibirme. Para que continuara la decencia, o el cansancio, decidí alejarla de la tentación y comencé a caminar en dirección a un barrio distante, y no me detuve hasta que apareció un edificio gris estrecho de balcones volados. Las barandas exhibían el óxido de muchos años de descuido. En el lado izquierdo, una escalera semejante a un túnel concluía en una puerta sin luz. Por ella bajó Marisol salvando de dos en dos los peldaños para perderse inmediatamente entre las cuadras. Parecía distraída, pero yo sabía que me había visto llegar desde la ventana y había preferido el exterior a mi visita. Con mucha gracia ejecutó su fuga: corrió apoyando apenas la punta de los pies, casi lentamente, de la manera en que volaría un atleta griego.

No hizo bien en abandonarme en ese túnel junto a su puerta de madera. Yo soy propenso a lanzarme contra las puertas de madera. Me siento aterrado por la idea de que huyo y enseguida aparecen mis perseguidores. Por eso me agité escaleras arriba y mi hombro estalló una y otra vez contra la puerta. Por eso me esforcé vanamente con el picaporte. Marisol había tenido tiempo para cerrar con llave y, por consiguiente, habría que romper por completo las bisagras antes de abrir la puerta. No entendí otra solución que la de la espera. Aunque, si Marisol regresaba en la oscuridad e iluminaba mi cara con un fósforo para abrir la puerta, con seguridad repetiría el espanto, escaparía. Pero el terror y la nostalgia me ataban a ese túnel de puntal altísimo. Hasta el fin de la noche me desconsolé en el último escalón, disuelto entre las paredes, más amarillo que una rata, menos inmenso. Esperando, de alguna manera, por nadie, rehice una y otra vez mi discurso de reconciliación. Estaba dispuesto a aceptar cualquier escarmiento, todas las burlas que ella imaginara. Pero Marisol es de esa clase de mujeres que elige como escarmiento no aparecer. Abajo permaneció también el rectángulo vacío que limita el aire, lo observé hasta que comenzó a iluminarse. Entonces, solo al amanecer, regresé al nuevo apartamento.

Allí faltaban los muebles, el tiempo, la comida y un par de ideas para continuar la mañana. Me senté en un desnivel del suelo para relacionarme con el silencio y encontrar una respuesta entre el vacío. Al cabo de dos horas di con la solución exacta: una excusa. Necesitaba una excusa inmensa que abarcara toda mi vida. Una excusa es instrumento elemental, de pertenencia exclusiva. Sonreí ante el parecido de las palabras. Me permití una broma: exclusiva, reclusa. La solución en sí suponía entonces la existencia de causas, de justificaciones, una causa para cada acto, una causalidad encadenada. Pero, podían repetirse, podían formar una espiral, una esfera, un nudo. Me permití otra broma: un nudo. De manera que también iba a necesitar una espada para cortarlo. En todo eso pensé demasiado rápido y más bien me cansó ese inventario de utilería: tenía que contar, por otra parte, con mis recursos que eran, en verdad, pocos, apenas una cama. De pronto, reconocí que llevaba varios minutos dando paseos hacia la ventana, observando los 30 sucesos inferiores y volviéndome con un leve giro de talones. Estiré los músculos para confundir el universo. Caminé hacia la esquina de la habitación desde donde deseé el teléfono, y allí estaba echado en el suelo, como un gatico.

Casi golpeo mi oído con el auricular. Respondió una voz con matices de urgencia, diría que gritaba. Mi jefe, como un tenor eufónico, me exigía la reposición de cierto dinero. Dijo que mi actual anonimato, la manera culpable con que había actuado,

provocó recelos en la dirección, entre mis enemigos, entre mis aliados, entre los desconocidos ... me llamó prófugo y entonó de varias maneras esa palabra. Aumentó los agudos en la medida en que yo respondía con monosílabos. Dijo que no había tiempo para poner demanda. Mi contendiente, un empresario con quien había contraído deudas olvidadas, en estos momentos reunía a varios gendarmes para iniciar mi captura. Era necesario un abogado competente. Podía dedicarme a la esperanza solo si se dilataba el pleito, varios meses quizás, hasta que consiguiera reunir la suma requerida. Necesitaba incontables trabajos extras para lograr el dinero. Necesitaba primero, supuse, aliviar la prisa que comenzó a invadirme. Entonces me concentré en la voz de Orestes. Respiraba agitado, como si le faltara el aire allá donde se encontraba y lo estuviera aspirando por la boca de mi auricular. Inconscientemente, me dediqué a soplar para disminuir su asfixia. Entendí correctamente la estrategia a seguir, incluso hice propuestas -algunas de ellas, lo descubría al pronunciarlas, podían servir como elementos para mi excusa. A pesar de eso, el discurso de mi jefe se extendía en consejos llenos de buenas intenciones. Orestes era noble como una llovizna con sol, pero incansable. Pensé que debía callarse. El jefe disminuyó el tono hasta los "graves, hasta perder casi la voz. Me obligó a un juramento: debía llamarlo insistentemente cada tres horas, él quedaría al tanto de mis asuntos.

La habitación no estaba lista para emprender un almuerzo, así que abandoné paso a paso los setenticuatro escalones y caminé otra vez por el escenario de novela negra. Al atravesar el parque, no tenía evaluados mis próximos sucesos. Otra vez me invadía ese calambre parecido a la prisa. Si la suma se calculaba en cantidades mayores a mis ingresos anuales, me pondría al servicio de aquel señor, hasta que el tiempo cumpliera su tragedia. Apenas dos segundos me costó la solución, el resto de los minutos eran míos, ya podía olvidarlo. Por otra parte había ventajas, buenos pronósticos en esa posibilidad: el empresario sería el responsable de la mitad de mis decisiones, yo sería un estimado disidente, alguien orgulloso de su conciencia, un callado rebelde. Sentí ese alejamiento que nos salva de hacer patéticas ciertas situaciones desesperadas: como si decidiera la vida de otro, sonreí. En algo me estimuló ese albedrío de estar, en el futuro, en franco desacuerdo con mis actos y en cercanía con el culpable. Yo iba a ser un perfecto empleado, íntimamente traidor. De esta manera mi odio tendría un destinatario, lo cual-dios me valga- es un alivio ...

Tengo un talento especial para descubrir bancos sombreados en el parque. Para esa madera verde había esperado mi cigarro. Lo encendí y el humo comenzó a burlar las hojas del árbol superior. Retiraba de mi descanso la posible existencia de mi jefe y la recua de monedas que debía pagar al viejo aquel profundamente aburrido y falto de imaginación. El sol comenzaba a perder el tiempo detenido en medio del día. Fue entonces cuando los vi -dos perfectos desconocidos-, y mis ademanes se extasiaron en ellos: él, desviando la palma de la mano hacia el asiento; ella, demasiado joven, sacudiendo el pelo hacia los lados, agachándose y tirándole del brazo. Habían encontrado otro oasis sombrío. Y como si mis años sobraran en el parque, él se fijaba en el hombro de ella y con el índice recorría las curvas; ella lo seguía en la nuca. Cabizbajos, se agitaban como a punto de, aliviar alguna pena. Yo reuní toda mi vergüenza, creo, y me puse de pie. Precisamente había aparecido una causa, y me empujó, y respondí a mis piernas cuando eligieron el rumbo; cuando me impusieron una posición casi diagonal: mucho más avanzadas que yo iban mis extremidades. La causa es del tipo que ordena. De inmediato asumí mi impotencia -y lo consideraré un avance- No tenía la menor idea de mis próximos actos porque amaba a Marisol. Estaba condenado a recobrar el teléfono. Me detuve en la cabina más cercana, dos veces marqué seis dígitos.

Marisol gritaba del otro lado del canal. Seguro pronuncié algunas palabras corteses y otras menos claras, lo admito. El trance de inventar una excusa en pocos segundos es insalvable. Además, entendí en ese momento que la justificación correspondiente a Marisol era muy distinta a mi idea original. Entonces pensé en un atajo, dicté cuatro veces mi dirección. Una certeza semejante a la risa apareció en el teléfono. Marisol asentía. No la vi, pero su silencio era tan compasivo (su perdón) que lo acompañé con obediencia. Así las cosas, ella era la única persona al tanto de mi nuevo domicilio, mi nuevo secreto, lo cual me importó poco, me satisfizo; se lo hice saber; calló otro segundo. Me alegré infinitamente porque en las próximas horas, me visitaría. Corrí escaleras arriba y comprobé el funcionamiento del timbre adosado a la derecha de la puerta. En vano, porque iba a tomar posición en la ventana para enterarme lo antes posible de su llegada.

Me senté en una silla, el aire levantaba ligeramente la cortina blanca de la ventana y la llevaba hasta mis hombros como una alarma. Por el momento, mis actos futuros requerían planes, y antes que eso, justificaciones. Estudié entonces aquellos compromisos que me definían. Aproveché cada segundo en un ejercicio imaginativo. En algún lugar que desconocí siempre, el empresario blasfemaba sobre mi cadáver o el de algún antepasado mujer. Quizás mi jefe lo atendía arrellanado en una butaca, alimentándole el odio (superficial-acoté-, mi jefe tiene esa capacidad de espejo, de reproducir el ánimo ajeno, que admiro en los temperamentos biliosos). Quizás, sosteniendo un vaso con alguna bebida, lo miraba en silencio, y entonces el gordo se excitaba por su posible comprensión del asunto. Sentí la vanidad en dos direcciones: orgullo por no convertirme en un simple amanuense; el orgullo íntimo de ser demandado.

Por alguna razón, continué tumbado en la silla con la mirada puesta en el cielo raso. Precisamente allí, los ojos de Marisol otra vez aparecieron, casi me increpaban. En verdad, había poco que reprocharle a su conducta pasada, ella fue, más bien, íntegra de principio a fin. Solo yo, que no tengo causas para ofrecer, debía preocuparme.

Cuando expulsé a Marisol de mi imperio, estuve alegre durante una semana. Sentí un alivio tal que recibía cada amanecer como si regresara de un gran viaje. Cuando expulsé a Marisol, no sabía que aquella antigua fisura en la cadera iba a agravarse con el golpe de la balastrada. No supe que permaneció hospitalizada luego, inerte. Pero reconozco mis causas: no pude resistir que pronunciara el interminable nombre en mi presencia.

Cuando se sentó junto a mi mano en el sofá, estábamos en su apartamento y bajó los párpados. Negó varias veces mi sospecha. Luego fue trasladando ese gesto de la voz a la cabeza.

Yo insistía, de nuevo le pregunté claramente por el secreto, pero ella repitió sus mentiras. Odio la mentira que tiene como único fin el torpe engaño, sin imaginación, sin otro provecho. Yo quise ayudarla a salir de ese trance indigno y conduje la conversación para ver si descubriría de una vez la verdad o al menos, el ingenio. Pero ella continuó negando, negaba incluso cuando no era conveniente, cuando las preguntas la favorecían. Lo curioso es que en el preciso instante de obtener la palabra motivo de mis desvelos, el nombre de su amante, transcurrió la calma. (Supongo que de haberme concentrado en ese momento, de provocarlo inmóvil, quedaría Marisol terminando los estertores del sollozo, yo ocupado en devolverle con agua, otro pensamiento. Pero mi usura es infinita. Creo que estimé un oálculo inconsciente. Quise duplicar su afrenta con amenazas, gritos, golpes, olvidos.) Ruego que no se observe bien esta escena. Su boca fue expulsando cada parte del nombre, cada letra. Todas se reunieron en Rolando, ese era el conjunto fatal, definitivo. Rolando es un nombre afrancesado y estúpido. El sofá perdió su lugar, varias sillas cayeron. La oscuridad se agachó debajo de una mesa.

Marisol quiso evitar que lanzara lejos una lámpara y confió en un conjuro: repetir el nombre. He procurado olvidar como ese impulso fue nefasto para ella; la alcancé cuando escapaba hacia la puerta, casi pudo cerrarla a sus espaldas. Tronó durante la escalera, descendía apoyando ora los hombros, ora las rodillas. Desaparecí. Seguramente tropecé con su cuerpo roto cuando salí a la calle. En los segundos que vinieron, contraí una deuda, escapé, cambié de apartamento en secreto, busqué a mi rival sin hallarlo. Maté a otro hombre: maté a otro hombre por pura confusión de los sentidos. Dios sabe que jamás he vivido ese momento.

Solo ahora me atrevo a recordar para merecer otro futuro, he tomado imágenes y las he recompuesto en mi mente, es decir, he deseado. Pero todo es superfluo, sin sentido. Merezco que Marisol regrese. En este punto me detengo para esperarla. Merezco que Marisol regrese aunque sea con otro nombre; quizás Beatriz. En este punto me detengo para volver al inicio, otra vez he olvidado detalles importantes que cambiarían el orden de las cosas, la historia, he multiplicado algunos acontecimientos, he cometido descuidos, soy culpable. Otra vez me equivoco. Probablemente deba comenzar antes de que se pierda también el comienzo de todo, probablemente el gentil Orestes me daría un buen consejo escuchado en la infancia y repetido en la tradición, si hablara. Sí, la prefiero Beatriz, aunque aparecer no sea uno de los atributos que la adornen. No importa que todos afirmen que Rolando y Orestes son anónimos, meros pretextos inventados por mí para evadir la justicia. Continúo. Otro quizás tenga el secreto de mi nombre.

Esperaré a Beatriz en el último escalón de un apartamento alquilado. No, esperaré a Beatriz en la alameda, la tarde estará terminando y comenzarán a encenderse las primeras luces de nuestra acera. Beatriz, recién llegada, se acercará hacia mí. Yo no la habré visto, yo fumaré detrás de una columna imaginando una noche de novela negra, donde investigador y prófugo no pierden un detalle de la acera, y espían obsesionados el ángulo principal, donde realmente ocurrirá el desconcierto, semejantes a mí.